

Los tiempos frutos del amor queridos
moran aquí; la madre cariñosa
y el hermano, y la virgen, y la esposa...
Todos!... todos por siempre aquí dormidos!

Descansad, oh dulcísimos pedazos
del corazón!... Dormid en los sudarios
empapados en llanto de mis ojos!

Ay! tal vez pronto los mundanos lazos
rotos veré! Y pobres, solitarios
vendrán a acompañaros mis despojos!³

Ante una tumba

¡Aquí yace el cadáver de un anciano!

.....

¿De quién son esos fúnebres despojos,
Ese féretro humilde y cruz sencilla
Que venerables doblan mi rodilla,
Y al tocarlos medroso el labio mío
Hiela mi sangre de la muerte el frío?...
¡Sauces aquí prendidos
En triste remembranza
Del que un suspiro en su sepulcro alcanza;
Cadáveres tendidos
En el eterno sueño tributario
De la inflexible ley de la natura;
Trémulos cinerarios
Del concurso común de los que fueron;
Fuegos fatuos que de hondas sepultura
Brotar mis ojos vieron,

³ Jenaro de Aranzamendi, «En el cementerio», en José María Monge, Manuel María Sama y Antonio Ruíz Quiñones, *Poetas puertorriqueños*, Mayagüez, Martín Fernández (ed.), 1879; p. 30.

Y con caminos varios
Los panteones con calma recorrieron;
Gemidos que en mi ardiente fantasía
Moribunda laringe
Melancólica finge
Yendo a perderse en la región vacía;
¿De quién es esa bóveda mortuoria
Que hace correr de mis dolientes ojos
Llanto que vivifica en mi memoria
Recuerdo de dolor y desventura?
Ah!... Mi padre!... Mi padre a quien la suerte
Al terminar su vida
De zozobra y dolor con mano ruda
Un cortejo formó de despedida
Que avaro de amargura
Lo acompañó insaciable hasta la muerte.
¡Yo lo tomé en herencia!
Yo lo tomé al besar su mano inerte
Ya el alma de su cuerpo desprendida,
Y poniendo mi fe en la Omnipotencia
Regué con llanto sus sagrados restos.
Sus postreros instantes
Y dolorosos fúnebres aprestos
Viven y siempre vivirán constantes
Aquí en el corazón!... ¡Ah padre mío!
Platearon tus cabellos
Hiel apurando en anchuroso río,
Sin contemplar en ellos
Virtudes que tu vida engalanaron
Y los genios del mal no respetaron.
Yo miré mustia y con los ojos fijos,
Tu honrada ancianidad. Te vi lloroso,
Sintiendo acaso en tu estertor penoso
El porvenir incierto de tus hijos.
Ellos allí bebieron
Junto a tu esposa y desolada madre

Un torrente de lágrimas copioso,
Y ni aun siquiera recibir pudieron
La bendición purísima de un padre.

.....
¡Mártir de la desgracia,
¡Descansa en paz!... En la mansión suprema
Cuando ciña a tu frente la diadema
De esplendorosa gracia,
La diestra del Señor, justa, inflexible,
Quiera arrancar el sufrimiento horrible
Que en mi existencia mísera se extrema.
Duerme, padre querido,
Encerrado en tu huesa solitaria;
Sin oír más que el eco dolorido
De mi alma que suspira,
Y la luctuosa sincera plegaria
Que entre crespones hoy canta mi lira.
Duerme!... Duerme!... La vida nos ofrece
aromáticas flores que ilusionan
y que la brisa mece
brindando bienandanza,
mas que al fin emponzoñan
cuando huye del pecho la esperanza!...
¡Adiós, oh tumba! El huérfano afligido
Orando siempre en tu lugar sagrado,
Guardián de tu depósito querido,
Estará con su cítara a tu lado!⁴

⁴ Jenaro de Aranzamendi, «Ante una tumba», María Luisa de Angelis, *Poetas puertorriqueños*, San Juan, s. n., 1920; p. 134-136.